



UN DICTADOR LLAMADO AL CAPONE

Y 2

Por
JUAN
ALDEBARAN

El alcalde William Hale Thompson es una figura clave en la época de Chicago y en el reinado de Al Capone. Con un poco más de inteligencia, el golpe de Estado de Capone hubiese podido llegar mucho más lejos aún. Thompson aspiró a la Presidencia de los Estados Unidos y dirigió un movimiento político, el de «Primero, América», que tuvo gran resonancia en el mundo. Thompson, un político de estilo «cow-boy», con ancho sombrero tejano sobre su cabeza alargada, fue alcalde por primera vez en 1915. La fecha es importante. En Europa se desarrollaba la guerra mundial y Estados Unidos estaban en vísperas de intervenir en ella. Thompson, contando con quinientos mil ciudadanos de Chicago de origen alemán, eligió el aislacionismo y, más aún, la hostilidad a Gran Bretaña. Esta actitud le valió la elección. Ejerció como alcalde durante dos periodos consecutivos, hasta 1924. Colosimo y otros gangsters no encontraron en él más que amistad. Obtuvo acciones en cadenas de casas de prostitución y en casas de juego. Cerraba los ojos —o se los cerraban con dólares— a todas las actividades ilegales, mientras proseguía con su campaña antibritánica, aun en plena guerra mundial. A él se debe una ley decretando que el idioma oficial no se llamaría nunca más inglés, sino americano.



AL CAPONE

■ Big Bill Thompson, el Constructor

En 1924, Big Bill Thompson fue derrotado en las elecciones. Su oponente, Denver, del partido demócrata, había adoptado la imagen de la integridad y la honestidad, y se proclamaba campeón de la lucha contra el bandidismo. Denver ganó las elecciones y se limitó a ejercer su mandato discretamente, sin intervenir realmente en los asuntos de la ciudad. Ha pasado a la historia como un hombre honesto y bien intencionado, pero impotente. Cuando Capone pensó en un alcalde y en el establecimiento de una sociedad paralela, el nombre de Big Bill Thompson le brotó en seguida. La operación se desarrolló impecablemente. Thompson era un gran agente de relaciones públicas —como lo fue también Capone—, y durante la campaña electoral «construyó» su figura. Siempre encontró sistemas para aparecer en los periódicos. Uno de ellos fue la construcción de un yate para hacer un cruceo por los mares del Sur. El yate se llamó «Big Bill», y el mascarón de proa, en roble, era la figura de su propietario. En realidad el viaje no pasó de Nueva Orleans, y el yate, anclado en el puerto, se convirtió en el cuartel general de las

Capone sólo mandaba matar cuando era necesario. Despreciaba a los asesinos. Decía del famoso Dillinger (abajo en la fotografía) que era un simple vicioso del gatillo y por eso no lo tenía en cuenta...



elecciones. En un mitin electoral pronunció un discurso teniendo en la mano una jaula con dos ratas, a las que dio el nombre de dos de sus adversarios. En sus palabras, Big Bill no ocultaba hacia quién iban sus simpatías. «Menos seco que yo, no hay nadie en el país», decía para explicar su simpatía al alcohol. Refiriéndose a la criminalidad, prometía la suspensión de las «molestias policíacas» para «las pequeñas infracciones de las leyes», y los policías se ocuparían exclusivamente de los ladrones de bancos... Al Capone hizo un donativo de 250.000 dólares para la campaña. Otros gangsters cotizaron con cantidades menores. El día de las elecciones, los muchachos de Capone patrullaron por las calles y montaron guardia junto a las urnas. Big Bill Thompson fue elegido. Se mandó construir un automóvil descapotable, cuyo asiento trasero era un trono elevado, iluminado en la noche por dos faros, y encargó un himno en su honor: «Hojeando los libros de historia, hay nombres que nos son queridos. Nos gusta encontrar los relatos de las hazañas de nuestros Héroes. Junto a ellos, pronto habrá un nuevo nombre. El nombre es un hombre que todos aclamamos. ¿Quién es el hijo más ilustre de Chicago? Es Big Bill, el Constructor. ¿Quién combate día y noche, quién construye? Es Big Bill, el Constructor. Lucha en el barro por todo aquello en lo que cree, combatirá para que nuestro país sea siempre el más grande de la tierra. Es sincero, es franco, es grande, transparente como un alma clara. Big Bill, Constructor, nosotros construimos contigo». Mandó quemar los libros subversivos (los que se referían al pasado británico del país) en las bibliotecas públicas (la orden nunca fue cumplida), se alzó contra la Universidad («que ha entrado en una conspiración para ahogar la historia americana en beneficio del rey de Inglaterra») y se opuso a la persecución de los gangsters. Cuando los agentes federales del FBI (los famosos incorruptibles, que han llegado al público español como «los intocables» por una falsa traducción del término inglés «intouchables») llegaron a Chicago, Thompson clamó: «¡Todos esos condenados agentes de la Prohibición caerán en nuestras manos! ¡Les meteremos en la

cárcel!». Más concretamente lo explicaba así: «Haré todo lo que esté en mi poder para evitar que los ciudadanos de Chicago tengan que sufrir a los bandidos y asesinos que el Gobierno federal ha enviado aquí para apoyar la influencia política de Deneen (un senador que luchaba contra Thompson). Deneen llena la ciudad de agentes de Washington, que huellan nuestras calles como «cow-boys» armados de revólveres y de fusiles. Nuestros adversarios quieren hacernos creer que no sabemos dirigir nuestra ciudad. ¡Votad por la bandera, la constitución, defended la libertad, vuestros bienes, como Abraham Lincoln y William Hale Thompson desearían que lo hicierais!». Mientras tanto, preparaba su ascenso a la Presidencia. El movimiento «Primero, América» tenía ya alcance nacional. Su objetivo era «enseñar el respeto a la bandera, preparar la juventud y los extranjeros para cumplir sus deberes ciudadanos, insuflar en el espíritu público los ideales de George Washington, de Abraham Lincoln y de Big Bill Thompson». Uno de los episodios más importantes de su campaña fue la entrevista con Huey Long («King Fish»), el hombre que más cerca del fascismo colocó a América. Thompson llegó con un séquito que llenaba tres trenes especiales,

atravesó las calles de la ciudad en su coche-trono y estrechó la mano de Long, mientras la masa coral de la policía de Chicago entonaba el himno de «Big Bill, el Constructor».

■ La sociedad de Al Capone

La construcción de una sociedad paralela no se limitaba al pintoresco y poderoso alcalde. Como más tarde se reveló, tras la incursión y registro de sus archivos, unos seis mil funcionarios de la ciudad, del Estado y de la organización federal pertenecían a Al Capone. El 80 por ciento de los magistrados y jueces de Chicago «son criminales, ni más ni menos», explicaría Bunker, presidente de la Comisión de Seguridad. Capone dirigía todo este mundo desde el hotel Metropol, que había convertido en cuartel general, aunque tuviera una residencia más íntima en la South Michigan Avenue. En su despacho, Capone tenía los retratos de Lincoln y Washington. Ocupaba con su familia unas cincuenta habitaciones del hotel, que estaba tomado enteramente por su ejército. «Los hombres de Capone hacían funcionar ellos mismos el ascensor privado y tenían su bar particular —escribe

«Cara cortada» se enfrentó a la Banca Morgan. Cuando ésta movilizó sus pistoleros, Capone organizó la terrible matanza de San Valentín: el 14 de febrero de 1929. Un día tristemente célebre en la historia del gangsterismo.







AL CAPONE

un periodista de la época—. Se jugaba abiertamente noche y día y había mujeres a todas horas. El olor fuerte de la comida italiana impregnaba todo. Todas las convenciones y todas las reglas de la hotelería se violaban diariamente. El domingo por la mañana, particularmente, el hotel resonaba como una colmena. Los abogados de moda, los funcionarios más importantes de la policía, conversaban con políticos y propietarios de cabaret. Se cruzaba, de tiempo en tiempo, un policía de uniforme. Había un bar clandestino en el mismo hotel, y en el sótano, en una cava especial, había un depósito de vinos y licores evaluado en 150.000 dólares». Capone apenas salía. Cuando tenía que hacerlo, se trasladaba en su famoso Cadillac azul —más tarde exhibido en ferias y circos—, que era, en realidad, un tanque. Estaba blindado de tal forma que resistió ametralladoras y bombas de mano. Desde este aislamiento regio dirigía un imperio complejo. La contabilidad, encerrada en salas blindadas, manejaba cifras astronómicas. En los seis primeros años, la organización Capone había manejado 3.754 millones de dólares. Sus beneficios se habían estacionado en unos dos millones de dólares por semana. Capone lo administraba minuciosamente. Conducía al mismo tiempo las operaciones guerreras contra las otras bandas, que no se habían acostumbrado al pacto, contra los agentes federales y contra la posibilidad de defección de los políticos que le eran fieles. Todo esto requería un de-

licado equilibrio entre el terror y la diplomacia. Capone sólo mandaba matar cuando era necesario. Despreciaba a los asesinos. Decía de Dillinger que era un simple vicioso del gatillo y no le tenía en cuenta. Cuando el alcalde Thompson comenzó a separarse de él, Capone, que había introducido ya la ametralladora, se apoyó en la bomba de mano, en la famosa «piña», con las que volaba edificios enteros. Para hacer reducir los precios del transporte del alcohol a la Banca Morgan, propietaria de los camiones, comenzó a volar los edificios de la Banca hasta que ésta bajó la tarifa. Cuando la banda de Morgan se le quiso enfrentar, Capone organizó la terrible matanza «de San Valentín», 14 de febrero de 1929.

■ Bondadoso y sindicalista

Al mismo tiempo, Capone no descuidaba su leyenda de respetabilidad y su personalidad de benefactor. La mantuvo hasta el final de su vida, y la inició desde el principio. Cuando aún era pistolero de Torrio, uno de sus amigos, Tony el Griego —que pagaría esa amistad con la vida—, contaba anécdotas edificantes. Capone, por ejemplo, encontraba una noche helada a un niño vendedor de periódicos. «Aún me quedan cincuenta ejemplares por vender; si no, no puedo volver a mi casa». Y Capone le compraba por veinte dólares todos los periódicos... Un día, ya en plena gloria, una muchacha de guardarropa le pi-

dió que la admitiese como pupila en una casa de prostitución, para mantener a su madre, enferma. Capone sonrió tristemente, le tendió un billete de cien dólares y dijo: «Toma, ayuda a tu madre y conserva tu pureza, hija mía». El hombre cuyo inmenso poder y fortuna se basaban en la prostitución, sostenía que el verdadero puesto de la mujer estaba en el hogar, entre los pucheros y los niños, y que cualquier forma de emancipación conducía al vicio. Este aspecto de hombre de orden lo mantuvo en todos los momentos. Cuando, ya al final de su reino, presintiendo el final de la prohibición y buscando nuevas fuerzas, Capone intervino en los sindicatos, Capone declaraba: «El bolchevismo llama a nuestra puerta. No debemos dejarle entrar. Tenemos que permanecer unidos y defendernos de él con decisión plena. América debe permanecer incólume e incorrupta. Debemos proteger a los obreros de la prensa roja y de la perfidia roja, y cuidar de que las convicciones se mantengan sanas». En todos los sindicatos obreros de Chicago había representantes de Capone, y su protección era útil. Para demostrar su eficacia a los miembros del Sindicato de Obreros del Neumático y al de Empleados de Garaje lanzó sus hombres en una sola noche por las calles de Chicago, y a la mañana siguiente habían estallado cincuenta mil neumáticos de coches estacionados en la calle. De esta forma los obreros del neumático recaudaron una excelente cantidad en reparacio-

nes, y los de garajes recibieron una enorme demanda de automovilistas que ya no querían dejar sus vehículos al exterior.

■ Un hombre de negocios

En esta última época de su vida pública, Al Capone trataba de abandonar la ametralladora y la bomba para dedicarse simplemente al negocio, en este estilo. «Soy un hombre de negocios», clamaba. Estaba abriendo el camino a sus sucesores, que se emplearían directamente en los sindicatos, los trusts, los cartels, los monopolios y otras formas de la oligarquía. «Gané dinero —explicaba Capone— satisfaciendo las necesidades de la nación. Si al obrar de este modo infringí la ley, en ese caso mis clientes son tan culpables como yo. Todo el país quería alcohol y yo organicé el suministro del aguardiente. En realidad, quisiera saber por qué se me llama un enemigo público... Yo sirvo a los intereses de la comunidad. Lo hago lo mejor que puedo y procuro que los daños sean los mínimos. No puedo cambiar la situación del país. La afronto. Eso es todo». Un profesor de sociología ha dicho recientemente, recordando aquella época: «Capone fue uno de los bienhechores de nuestra ciudad. Esto no lo digo por admiración hacia él, sino que me limito a señalarlo como hecho. Sólo es posible el crimen organizado en el caso de que la sociedad lo pida. La empresa de Capone coincidía con los conceptos morales y legales de la población. Sencillamente, la situación era ésta: existía una demanda de artículos y servicios que no podían satisfacerse de modo legal. En este momento aparecieron Torrio y Capone y realizaron un buen trabajo». En escasas palabras, esta es la filosofía del Benefactor, y en ella se apoyaba con bastante sinceridad el gangster napolitano. Esta filosofía concordaba con las pequeñas anécdotas y con su comportamiento general. Cuando Al Capone llegaba cargado de juguetes para las niñas al colegio donde se educaba su hermana Mafalda, cuando repartía entradas para el fútbol entre los golfillos callejeros que rodeaban su Cadillac, estaba representando su

La caída de Al Capone fue unida a la quiebra de la ciudad de Chicago. En 1930 el déficit presupuestario era de trescientos millones de dólares y no se podía cubrir. En las fotografías: Al Capone y Rlo, en la ficha policíaca. La esposa de Capone le visita en Alcatraz.





Actualmente, el gangsterismo armado es escaso: a veces, uno de los grandes hombres del «racket» aparece asesinado... Sin embargo, en 1968 los homicidios han llegado a la tasa de 1931...

papel. La sociedad le devolvía ese eco. No solamente mediante la corrupción política o administrativa que le servía, sino por actos de mayor sencillez y espontaneidad, como cuando en la Universidad de Northwestern le aclamaron diez mil «boy scouts» al grito de: «¡El buenazo de Al!»; o cuando ya en la época de su decadencia, cuando el Estado de Florida le negaba hospitalidad, se la ofreciera una ciudad de South Dakota: «Seríamos felices de acogerle a usted en el seno de una comunidad que prácticamente no conoce el crimen. Le dirigimos esta invitación en la esperanza sincera de que los asociados que pueda usted encontrar aquí le hagan olvidar pronto los crímenes de que se le acusa, sin ninguna prueba, desde luego. Pronto será usted saludado por todos como un eminente y respetable ciudadano, y como un honor para nuestra comunidad». Entre Al Capone y la sociedad «de orden» se habían establecido unos curiosos lazos. En plena dispersión económica, cuando abundaban los obreros sin trabajo, apareció en Chicago un misterioso establecimiento donde se servían gratis comidas hasta a 3.000 obreros parados diarios. El filántropo que mantenía ese establecimiento guardaba modestamente su nombre en secreto. La prensa le buscó y encontró que era Al Capone. Más tarde, ya en pri-

sión, cuando el mundo se conmueve por el rapto del niño de Lindbergh, Al Capone no solamente ofreció de su bolsillo 100.000 dólares de recompensa para quien pudiera encontrar al niño desaparecido, sino que se ofreció a buscarlo él mismo, utilizando sus fuerzas y sus conocimientos del mundo del hampa, si le liberaban provisionalmente, y ofrecía regresar después a la cárcel. Lindbergh aceptó públicamente la oferta, pero las autoridades no aceptaron el pacto.

■ La caída

¿Por qué cayó Al Capone? La idea de que fue derrotado sencillamente por los «incorruptibles» es mitológica, como lo es la de que el Gobierno federal encontró por fin un motivo claro, como era el del fraude en materia de impuestos. Al Capone, como tantos otros millonarios americanos, cayó por la quiebra de 1929 y por sus consecuencias. Se le persiguió y condenó porque era preciso un gran asunto que desviara hasta cierto punto la atención de los grandes problemas nacionales y porque se quiso situar en él, en su persona, todos los males de una nación. «Estoy perseguido por una trailla que no me deja reposo —decía Capone durante su juicio—. Quieren hacer un gran espectáculo. Las maniobras de los

jueces, los efectos teatrales de la audiencia, los gritos, los silbidos y todo lo demás... Es absolutamente imposible para un hombre de mi edad haber hecho todas las cosas de que se me acusa. Yo soy un fantasma nacido de un millón de mentes».

En primer lugar, quebró la ciudad de Chicago. Todo el mundo robaba y la administración de la ciudad estalló. Big Bill Thompson se vio acusado de una estafa de dos millones de dólares de los fondos de obras públicas para el embellecimiento de la ciudad. El alcalde vio venir a tiempo la amenaza. Fue entonces cuando quiso separarse de Capone para ponerse del lado de las bandas independientes. Demasiado tarde. Las «piñas» de Al Capone implantaron el terror. En las elecciones, todos los puestos administrativos de la ciudad cambiaron de manos, y Thompson se vio solo, aislado y acusado. En 1930, el déficit presupuestario de Chicago era de trescientos millones de dólares. No se podía cubrir...

En segundo lugar, quebró el país entero. En enero de 1929 ascendió Hoover a la presidencia del país, y en octubre se hundió la bolsa en el famoso «crack» que todavía pone los pelos de punta a los financieros. Cuando un periodista preguntó a Hoover qué pensaba por las mañanas mientras se afeitaba, Hoover, presidente de un

país en ruina y en desastre, respondió: «Pienso en Al Capone». Esta coyuntura económica le sorprendió en la cárcel. Capone se había trasladado a Atlantic City para asistir a un congreso de gangsters. Pasó un día en Filadelfia. Al salir de un cine, dos policías le cachearon y le encontraron un revólver. Al día siguiente, un tribunal le condenó a un año de prisión. Este es un episodio misterioso. Se ha dicho que lo preparó el propio Capone. Necesitaba una «cura de reposo», y el reposo sólo podía encontrarlo en la cárcel. Habían pasado solamente tres meses desde la matanza de San Valentín, y Capone temía seriamente las represalias. Los agentes federales se habían hecho más numerosos y más duros, las autoridades de Chicago le abandonaban para salvarse de la quiebra. Ciertamente, es incongruente que Capone no pagase los 35.000 dólares exigidos por el juez para la liberación bajo fianza, y que no pusiera en marcha la máquina legal a su favor. Puede suponerse que Capone esperase una condena más reducida —tres meses era lo habitual por llevar armas sin permiso— y se encontró con un juez excesivamente duro. El hecho es que Capone pasó diez meses en prisión. Se alfombró su celda, se le amuebló confortablemente, se hizo llevar el último modelo de aparato de radio y el director puso a su disposición el teléfono de su despacho para que pudiera continuar dirigiendo sus negocios.

Pero cuando salió, Al Capone estaba prácticamente perdido. Había dejado de ser invulnerable. Chicago no era la misma ciudad que había dejado. Un cordón de policía federal rodeaba su domicilio para detenerle de nuevo, y se decía que los gangsters rivales habían ofrecido 50.000 dólares para quien le asesinase. Capone pasó días de conferencias con sus asesores legales y con los fiscales de Chicago. Se llegó a la conclusión de que no podía ser acusado de ningún delito, pero valía más que abandonase la ciudad. En abril se fue a Miami, pero encontró su casa precintada. La facilidad con que había sido encarcelado por un delito menor en Filadelfia sugirió la idea de repetir el sistema. Capone fue detenido por ofensa a magistrado; más tarde, por «vagabundo».



AL CAPONE

■ El pacto social

Ante la amenaza creciente, Capone tuvo la idea de pactar. Fue inmediatamente escuchado. Capone explicó a sus perseguidores federales algo que ellos sabían perfectamente: un proceso formal haría aparecer cientos, millares de nombres de personas respetables o tenidas por respetables. El escándalo conmovió las más altas esferas de la nación. Por otra parte, le quedaban medios suficientes para intimidar a los jurados, sobornar testigos e incluso lanzar una ola de homicidios contra sus perseguidores. Capone estaba dispuesto a aceptar una condena por fraude al fisco, una condena relativamente reducida. Al final de ella se retiraría definitivamente a un lugar tranquilo. Capone tenía poco más de treinta años —aunque su aspecto hacía suponer los cincuenta— y una fortuna de quizá cuarenta millones de dólares. Le quedaba por delante una vida larga y cómoda... Los representantes del Gobierno y los abogados de Capone conferenciaron y se llegó al acuerdo de que si Capone se declaraba culpable de fraude fiscal desde el primer momento, su condena no pasaría de dos años y medio, de los que cumpliría dos. El pacto fue aceptado. Durante los preliminares del proceso, Capone gozó de absoluta benevolencia. Estaba en libertad provisional y se le veía en todas partes. Dio un banquete de despedida al que asistieron notabilidades políticas y financieras, y sentó a su lado a su viejo jefe Torrio, venido a despedirle. Cuando fue presentado ante el juez, Capone se reconoció culpable de fraude. El juez le concedió quince días más de libertad para «dejar en orden sus negocios». Esta libertad se prorrogó después otro mes para que pudiera estar junto al lecho de su hijo, enfermo. Pero cuando el juicio comenzó, el juez Wilkinson pronunció una frase terrible: «El acusado debe comprender que no se pacta con este tribunal». Fue en vano que el fiscal del distrito, encargado de la acusación, explicase al juez públicamente que tanto él como el fiscal general, el director de Contribuciones y el ministro de Finanzas recomendaban la clemencia. El juez no se dejó influir. Capone cambió el sistema de su defensa y anunció que se retractaba de su declaración de culpabilidad: era

inocente. El juez aplazó el proceso para tres meses después. Durante ese tiempo, Capone hizo lo posible por negociar y presionar. Cuando llegó la fecha, millares de personas esperaban el gran espectáculo. Capone dijo a Elliot Ness, que le escoltaba: «¿Quién se creen que soy, Mussolini?». El proceso duró doce días, pero durante ellos el juez se cuidó de que no saliera a la luz ningún otro delito que no fuese el de fraude fiscal (las cinco mil violaciones de la Prohibición de que se acusaba a Capone no fueron retenidas) y que no apareciera ningún nombre. Cuando el juez pronunció una sentencia de once años de prisión, Capone lo acogió con una aparente serenidad, pero cuando salió a la calle estalló su cólera y sus guardianes tuvieron que sujetarle. Pronto volvió a su calma. «La ley no es justa conmigo... Soy un buen ciudadano. Consideren ustedes todo el bien que he hecho al mundo y cómo me lo pagan ahora...», fue su tono continuo. «He recibido un golpe bajo...».

■ Preso modelo y sifilítico

En la cárcel, Al Capone fue un preso odiado por los demás. Se aislaba de ellos, los despreciaba y colaboraba con las autoridades penitenciarias. Fue un preso modelo. En febrero de 1938, Al Capone se volvió loco. Sufrió de una parálisis general progresiva: un brote de una sífilis oculta adquirida en su primera juventud. Capone, en su celda, alternaba estados de depresión con extrañas irrupciones musicales, en las que cantaba a voz en grito arias de óperas italianas. Pasaba horas haciendo y deshaciendo su cama. Fue trasladado a un hospital médico. Allí dio muestras de un fervor religioso extremo. Capone había sido siempre un buen católico. Su esposa era cofrade de Santa Teresa y su hijo se educó en la escuela del Redentor, de los padres jesuitas, donde llegaba puntualmente en un coche blindado escoltado por guardias de corps. En 1939, Capone fue puesto en libertad y se trasladó a su residencia de Miami. Su enfermedad era tratada en el hospital de Baltimore. Pasaba su tiempo leyendo y tomando el sol. Sólo apareció en público en 1941, con ocasión de la boda de su hijo con una señorita de

la mejor sociedad de Tennessee. En 1942 hizo una declaración ofreciéndose al Gobierno para «ayudarlo al esfuerzo de la defensa nacional». No fue escuchado. Aún vivió unos años. En enero de 1947 sufrió una crisis de apoplejía complicada por una pulmonía. Murió el 25 de enero. Le fueron administrados los santos sacramentos por el vicario de la iglesia católica de San Patricio, que le acompañó en los últimos momentos de su vida. Capone fue depositado en un féretro de bronce con incrustaciones de oro y su cuerpo expuesto en la capilla de Thildrick. Llegaron mensajes y coronas de todo el país. Fue trasladado a Chicago y el entierro se celebró discretamente. Fue depositado en una fosa del cementerio católico —donde reposaban ya los cuerpos baleados de otros doscientos cincuenta gangsters de la época heroica— mientras las lágrimas fluían por las mejillas de sus compañeros supervivientes, los grandes señores del juego, la prostitución, la bebida, la ametralladora y la bomba de mano.

■ Crimen y política

En 1968, por primera vez, los homicidios han alcanzado en los Estados Unidos una tasa semejante a la alcanzada en 1931. No se atribuyen ya a los gangsters, sino a hechos aislados. El gangsterismo armado es escaso. A veces, uno de los grandes hombres del «racket» aparece asesinado o va a parar a la cárcel por una denuncia lanzada en un momento oportuno. A la cárcel fue James Allegritti, «El Monje», que tenía una red de prostitución clandestina que no era «regular». William Skaly, «El Santo», especialista en falsificación de documentos para el Sindicato del Crimen. En «Time» de marzo de 1960 se decía que «algunos de los 11.200 policías de Chicago deben ser honestos» y que los niños de Chicago, en vez de jugar a policías y ladrones, jugaban a «policías y policías». Wayne Thomas escribía por esos días, en el «Chicago Tribune», que poder del dinero, poder político y poder del gangster dominan la policía por medio de la máquina política del partido demócrata. Los políticos distribuyen dinero, los policías corrompidos cobran el dinero para los políticos. El juego, la violencia, el vicio se expanden en tal clima. Y contaba que cuando un policía detenía un

automóvil en la ciudad, el conductor le preguntaba: «¿Qué desea usted, una multa o atrácarme?». En el mismo periódico, un capitán de policía contaba lo siguiente: «El Sindicato (del crimen) continúa tranquilamente sus negocios... Es una organización demasiado importante como para ser alcanzada sólo porque algunos estúpidos policías se han puesto de acuerdo con unos cuantos ladrones... El Sindicato tiene ramificaciones en todos los servicios oficiales de la ciudad, en la legislación del Estado, en los tribunales de Justicia y puede ser que más arriba aún». Otras veces aparecen hechos que rápidamente se olvidan o se pasan por alto. Por ejemplo, Jack Rubinsteln, el asesino de Oswald en un local de la policía de Dallas, procedía de Chicago antes de establecerse en la ciudad. En Chicago tenía un cabaret, mezclado con trata de blancas, protegido por los miembros del Sindicato... No parece desplazado, en este punto, recordar un curioso crimen político sucedido en febrero de 1933. Franklin Delano Roosevelt celebraba en Miami un acto político cuando de la multitud surgieron disparos. Roosevelt no fue herido, pero la persona que en ese momento le estrechaba la mano murió en el acto. Esa persona era Cermak, el alcalde de Chicago que había sustituido a Big Bill Thompson. La policía detuvo a un anarquista, Giuseppe Zangara, reconocido como loco, lo cual no le evitó ir a la silla eléctrica por atentar contra la vida de Roosevelt. Hubo que esperar veintiséis años para saber la verdad. Un gangster que pasó veinticinco años en la cárcel, Roger Touhy, «El Terrible», escribió en su celda sus Memorias y habló con un sociólogo. Touhy era el gangster que el alcalde Cermak había favorecido para luchar contra Capone. Le ofreció, incluso, la dirección de la policía. Este «Terrible» cuenta que el anarquista loco Zangara no fue más que un instrumento de los gangsters. «Cerca de Zangara, entre la multitud, había un hombre armado, un hombre del gang de Capone. En el intercambio de disparos, seis personas fueron alcanzadas. Pero la bala que mató a Cermak era del calibre 45 y, por lo tanto, no podía venir del revólver del 32 que tenía Zangara...».

■ J. A. Fotos: FIEL, KEYSTONE y EUROPA PRESS.

FIN DE LA SERIE